

EN PORTADA | EL CARDENAL NACIDO EN TERRA CHÁ

El verdadero rostro de Rouco

Más allá de la rigidez de las grandes solemnidades, de la acritud de las polémicas que lo envuelven y de su distante imagen pública, hay un hombre muy diferente, profundamente cercano: el que al regresar a Vilalba y visitar las aldeas de su tierra se emociona siempre

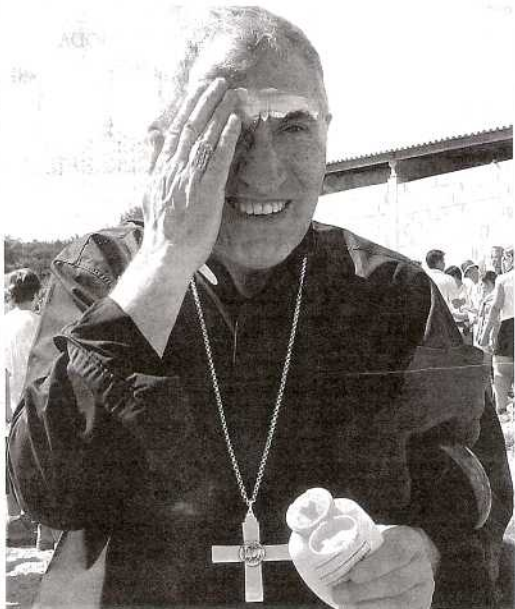
RAMÓN LOUREIRO

Bien podría ser, en efecto, un cuento. Pero nada tiene que ver con la ficción. Lo que vamos a contarles habla, por el contrario, el ámbito de lo más cierto. El caso es que por las aldeas de la Terra Chá, en las que las puertas de las casas jamás se cierran, sigue caminando—lejos de los microfónos y de las cámaras—un cardenal de la Iglesia. Y no precisamente un cardenal cualquiera, sino un purpurado cuya influencia en Roma, a día de hoy, todavía sigue creciendo, y cuyo nombre incluso llegó a citarse, en alguna ocasión, al hablar de los posibles papas. Un hombre que cuando regresa a Vilalba, a su casa natal, y superado ya un grave problema de salud que requirió una compleja intervención quirúrgica, sigue cultivando la costumbre de echarse a andar, como ya hacía en otros tiempos, kilómetros y kilómetros; de salir a cielo abierto, sin miedo alguno ni a las nubes del color del hierro ni a los aires de tierra adentro que envolvieron, hace 71 años, su llegada al mundo.

El prelado que tras dejar a sus espaldas la torre de un castillo que ya no existe retorna a los caminos de su infancia, hoy cada vez más vacíos. Buscando los rostros amigos de las gentes generosas que habitan, en esa Chaira vieja, el corazón espiritual de la diócesis que tiene sus capitales en Ferrol y en Mondoñedo. Ese hombre, el que se emociona al entrar de nuevo en las casas que visitó desde niño, el que entre campos que ven nacer el Miño y fragas de libro de Cunqueiro prescinde del monótono hablar de los discursos y recupera las palabras que siempre guardó dentro, es, aunque a tantos pueda parecerles extraño, el cardenal Rouco Varela.

«E Tucho cando vén, logo...», preguntan en esas casas con tejado de pizarra a cuatro aguas y de paredes encaladas, en esos hogares que a menudo se aparecen entre la niebla para volver a sumergirse poco después en ella. Son las casas habitadas por los que, cuando ven a Rouco Varela por televisión—cuando escuchan lo que de él se dice a menudo—, se preguntan, casi, de quién estarán hablando esos. Porque les duele—y mucho—que se refieran así a quienes ellos jamás han dejado de ver como quien realmente es: uno de los suyos.

Un hijo más de esa Chaira profunda en la que vieron la luz curas poetas, y muy cabalgadores, como el gran Xosé Crecente Vega, y en la que en las casas aún se recitan de memoria versos como los



Rouco Varela se aplica un protector de sol durante una peregrinación, en el monte do Gozo



de Noriega Varela, otra de las grandes voces formadas en el seminario mindoniense: «Fillo do corazón, que nas meniñas / dos teus ollos levache os meus amores, / descansa eternamente sobre frores, / que eu non te hei de olvidar entre as espíñas...».

Otro poeta más y también sacerdote, además de profesor de la Universidad de Lugo, es Bernardo García Cendán, uno de los hombres que mejor conocen a Rouco Varela. Fue el propio Rouco, siendo

«Don Gabriel Pita da Veiga, o párroco, fixouse naquel Tucho pequeno...», recuerda Bernardo García Cendán

AQUEL SEMINARISTA TAN AFICIONADO AL FÚTBOL. Estudiante ejemplar, el hoy cardenal Antonio María Rouco Varela destacó, desde sus primeros años en el seminario, por su capacidad de trabajo, por su disciplina, por su profunda religiosidad y por su amor a la liturgia; pero en lo que no destacó, precisamente, fue en el deporte, a pesar de su encendida pasión por el fútbol, lo que lo llevó a convertirse, en el propio seminario mindoniense en secreto lector de los diarios deportivos, periódicos por aquel entonces no demasiado bien vistos en el centro; futbolista nada brillante, Rouco compensaba su escasa habilidad con el balón... con el mayor de los entusiasmos.

los dos seminaristas, quien se arrojó al río, una tarde de agosto, para sacarlo del agua cuando Bernardo se soltó, accidentalmente, de la rama a la que se sujetaba para no hundirse. (Y quien, por cierto, después le enseñó a nadar).

«Aquel neno que chegaría ser cardenal, e ao que le chamaban Tucho todos—cuenta García Cendán—, era o menor de cinco irmáns. Era, coma cese todos, un neno de escola... e de rila. De xogar á billarda e ao fútbol, e de seguir

os pasaros ata o niños. Recordaba Bernardo que había entonces, en la escuela de Vilalba, unha mestra venerable, dona Amelia, que impartía saberes tanto como evangelizabas, y de cuya labor necesariamente etían que saír nenas e nenas de calidade cristián. Ella sería fundamental a la hora de impulsar la vocación religiosa del cardenal Rouco Varela. Pero también de los sacerdotes que, tras su fallecimiento, dejaron una fama de santidad de la que dan constante testimonio cuantos los conocieron: Pita da Veiga y Paz Dopico, este último conocido familiarmente como don Joseito

«Don Gabriel Pita da Veiga, o párroco—explica también García Cendán—, fixouse naquel Tucho pequeno. Era este párroco algo seco de carácter, mentres que a dozura estaba na faciana de don Joseito, o coadjutor. Complementábanse admirablemente, e o pobo encargouse de beatificalos aos dous. E entre ambos tiraron da rúa a aquel neno e metérono na igrexa, da que nunca saíra: do monaguillo fixeron, axiña, un seminarista estudioso e disciplinado, malia que, ás veces, lla o xornal ás agachadas para saber de fútbol. Pode que aínda o faña hoxe...».

El empeño del medio centro

«Gustáballe moito ese deporte, e xogaba de medio centro—explica García Cendán—. Pero non ía moito ao campo do Racing Vilabés. No seminario non se vía moi ben a presenza dos seminaristas en espectáculos masivos, e el sempre foi moi cumpridor».

(Aun así, y también el propio García Cendán lo recuerda, durante unas vacaciones de verano, los seminaristas formaron un equipo en Vilalba y se enfrentaron al conjunto juvenil del club local, derrotándolo sorprendentemente. Rouco, con más entusiasmo futbolístico que talento para el balón, también disputó el partido, en el que contribuyó a la victoria).

Bernardo subraya cómo, al llegar al seminario, Rouco «someteuse aos regulamentos do raesmo xeito que, posteriormente e ata hoxe, cumpriría con minuciosidade coas normas litúrgicas, mesmo cando estas se relaxaron algo despois do Concilio». «No» vacaciones andaba sempre cos compañeiros, como estaba prescrito: ao principio, case un neno, na compañía constante dos seminaristas da vila, moi populares, que xa andaban nun tris de rematar os estudos; despois, acollendo a responsabilidade de cuidar dos estudantes máis novos c/lectura na igrexa, e longos pasos coas biciletas; a súa era unha bicicleta verdes».